

# ANUARIO

DE LA SOCIEDAD PROTECTORA DE LA BALESQUIDA



Malen Manzaneque, *Nuestra Señora de la Expectación-Balesquida*, 2024

# ANUARIO

DE LA SOCIEDAD PROTECTORA DE LA BALESQUIDA

NÚMERO 9

AÑO XCIV

OVIEDO • 2024

La revista no asume ni se responsabiliza de las opiniones manifestadas por sus colaboradores. Sociedad Protectora de la Balesquida® y *Anuario de la Sociedad Protectora de la Balesquida*® son marcas registradas.

## COORDINACIÓN EDITORIAL

Javier González Santos

## EDITA:

SOCIEDAD PROTECTORA DE LA BALESQUIDA

Plaza de la Constitución. Oficina de Turismo, 3.ª planta

33009 Oviedo. Teléfonos 984 281 135 y 684 609 221

labalesquida@telecable.es | [www.martesdecampo.com](http://www.martesdecampo.com)

Versión electrónica: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/revista?codigo=24244>

## HORARIO DE OFICINA

Lunes a viernes, de 10,00 a 13,00 horas

## ILUSTRACIONES DE LA CUBIERTA Y PORTADA

Malen (María Magdalena) Manzanque Rodríguez (Oviedo, 1964), *Retablo de Nuestra Señora de la Expectación-Balesquida*, 2024; óleo sobre tablero de madera, 58 × 43 cm (cubierta y portada). Al dorso del tablero, bosquejo de la composición.

## COMPOSICIÓN Y MAQUETACIÓN

Krk Ediciones. C/ Álvarez Lorenzana, 27, 33007 Oviedo

[www.krkediciones.com](http://www.krkediciones.com)

## IMPRESIÓN

Grafinsa. Oviedo

ISSN 2445-2300 • D. L. AS-970-2016

# Índice

## *Salutación*

José Antonio Alonso Menéndez . . . . .	7
<i>Cartel de fiestas Martes de Campo 2024</i>	
Ernesto García del Castillo, <i>Neto</i> . . . . .	10
<i>Sociedad Protectora de la Balesquida</i>	
Junta Directiva . . . . .	11

## PREGÓN DE LAS FIESTAS DE 2023

### *Del siglo de donna Velasquita Giráldez al Martes de Campo de 1968*

Miguel Ángel de Blas Cortina . . . . .	15
--	----

## LA BALESQUIDA: HISTORIA Y TRADICIONES

### *La Balesquida: relatos de antaño. Unas páginas olvidadas del periodista e impresor*

#### *Eduardo Uría y Rea*

Javier González Santos . . . . .	35
----------------------------------	----

### *La Balesquida (evocaciones decimonónicas)*

Eduardo Uría y Rea . . . . .	39
------------------------------	----

### *Martes de Campo en Casa Noriega*

María del Carmen López Villaverde . . . . .	49
---	----

### *Doña Velasquita, nuestra paisana*

Ernesto García del Castillo, <i>Neto</i> . . . . .	55
--	----

## ESTUDIOS SOBRE ASTURIAS

### *Meteoritos, otro tipo de lluvia sobre Asturias*

Manuel Gutiérrez Claverol . . . . .	65
-------------------------------------	----

### *A los Lares Viales. Reconocimiento y procedencia de las lápidas romanas de*

#### *Argüero, tenidas por de La Lloraza (Villaviciosa)*

Emilio Marcos Vallauré . . . . .	87
----------------------------------	----

<i>Manuel García Vior, un nuevo colaborador asturiano del Diccionario geográfico-estadístico-histórico de Pascual Madoz</i>	
Enrique Pérez-Campoamor Miraved . . . . .	95

## ESTUDIOS OVETENSES

<i>Nuestras vecinas las sacaveras</i>	
María del Carmen López Villaverde . . . . .	117
<i>Oviedo en la tarjeta postal (colección del Muséu del Pueblu d'Asturies)</i>	
Saúl Martínez Mendaro . . . . .	123
<i>La copa de la Balesquida cumple cien años</i>	
Marcos García Álvarez . . . . .	157

## PROSA Y VERSO

<i>De mi archivo</i>	
Francisco José Manzanares Argüelles . . . . .	177

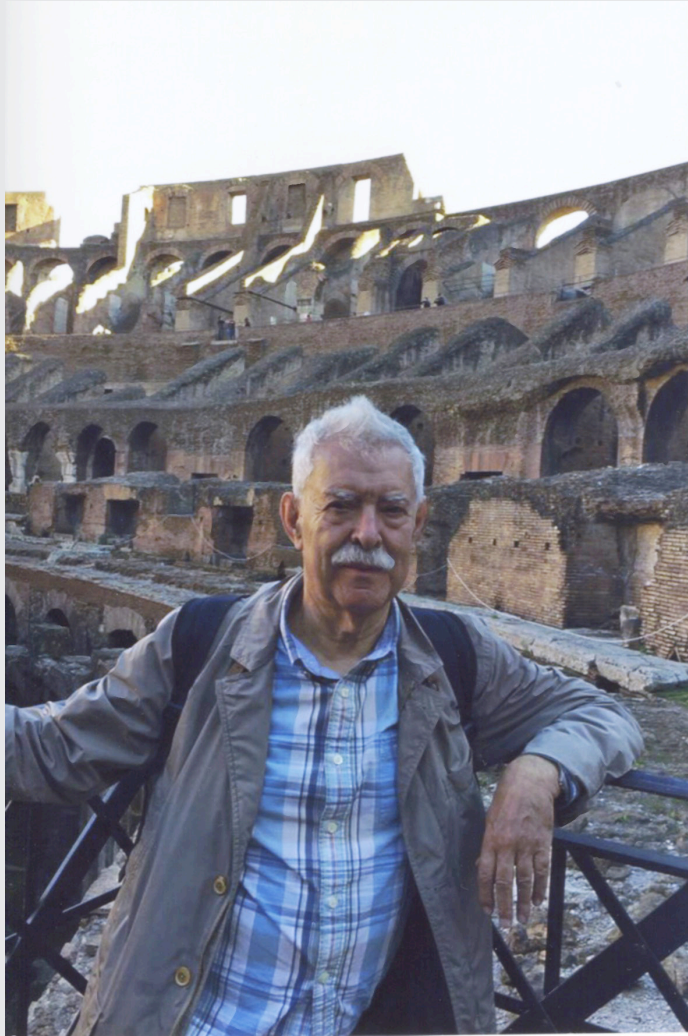
## SEMBLANZAS

<i>José Carlos Fernández Corte: adiós a un humanista</i>	
Álvaro Ruiz de la Peña Solar . . . . .	189
<i>Peña Ormiz</i>	
José Carlos Fernández Corte (†) . . . . .	207

## NUESTRA GALERÍA

<i>Otras dos obras de encargo para la fiesta</i>	
Luis Feás Costilla . . . . .	219
Tabla de anunciantes . . . . .	222

## SEMBLANZAS



José Carlos Fernández Corte, en el Coliseo (Roma).

## José Carlos Fernández Corte: adiós a un humanista

ÁLVARO RUIZ DE LA PEÑA SOLAR

*José Carlos Fernández Corte nació en [San Julián de] Bimenes (Asturias) el 17 de mayo de 1946. Se licenció en Filosofía en la Universidad de Salamanca en junio de 1969 y leyó su tesina de licenciatura el 27 de junio de 1970. Se doctoró en Filosofía y Letras por la Universidad de Salamanca el 17 de septiembre de 1984 con la calificación de sobresaliente cum laude. Después de pasar por distintas situaciones académicas es catedrático de universidad desde el 27 de diciembre de 2011. Se jubiló el 30 de septiembre de 2016.*

Hasta aquí, la escueta nota que encabeza el *curriculum* administrativo del profesor asturiano, que abre el libro-homenaje, con motivo de su jubilación académica en 2017, editado un año después por Ediciones de la Universidad de Salamanca. Tras esta breve nota curricular, los editores señalan las publicaciones del profesor Fernández Corte (libros, artículos, capítulos de obras conjuntas, ponencias, comunicaciones a congresos, cursos, conferencias y seminarios impartidos, proyectos de investigación, reseñas y otros méritos), que hacen un total de más de ciento veinte trabajos, cifra que nos da una idea del compromiso docente e investigador del homenajeado, así como de su capacidad de producción científica y de la dedicación absoluta a los quehaceres académicos hasta su fallecimiento el 7 de agosto de 2023.

No voy yo a cantar las excelencias de este colosal conjunto de publicaciones: me falta la competencia requerida y el manejo de las herramientas que la hacen posible; así que me limitaré a dar noticia de *cómo*, *cuándo* y *por qué* entró en mi vida el gran universitario que fue Carlos y el honor que supuso para nuestra universidad ovetense el poder contarle entre sus alumnos más brillantes. Vayamos al pasado.



Patio de la Universidad de Oviedo, 1966. De izquierda a derecha: Asunción (Choni) García-Prendes, José Carlos Fernández Corte, Miguel Ángel del Hoyo Concha y Álvaro Ruiz de la Peña.

En el curso 1964-1965, el primer curso de Filosofía y Letras de la universidad ovetense, se llenó de una nueva oleada de estudiantes. Procedían, básicamente, de las canteras escolares asturianas, pero acogían asimismo a jóvenes leoneses, cántabros y gallegos, hasta completar unos ciento veinte matriculados, más o menos, que se repartían por las pensiones, fondas y colegios mayores de la ciudad. La nota de color (de color negro, por más señas) la ponían los ocho o diez religiosos (monjas y sacerdotes), entre los que había jesuitas vasco-navarros, salesianos y pasionistas, dominicas y teresianas, con sus hábitos habituales, que con el paso del tiempo, lentamente, irían dando paso del traje talar a la corbata y la falda plisada, como signo revelador del concilio que modernizó tradiciones y alimentó unos aires de renovación, seguidos con indisimulado entusiasmo por los clérigos.

Diríase, a la vista de estos datos, que en los primeros años sesenta, las carreras ramales del tronco común de Filosofía y Letras, gozaban de un



creciente prestigio en la universidad española. Las especialidades (Geografía e Historia, Clásicas, Historia del Arte, Musicología, Filosofía o Filología Francesa y Anglo Germánica) fueron incorporándose con el paso del tiempo a los planes de estudios sucesivos, hasta completar el actual dibujo en que se reconocen las humanidades. En los años 1964-1969, únicamente los estudiantes que eligieran Filología Románica (después, Española) podían permanecer en las aulas ovetenses; los demás iniciaban un exilio académico a otras universidades que sí contaban con las especialidades citadas (Clásicas, en Salamanca; Filosofía, en Madrid o Valencia; Historia, en Santiago, Valladolid o Madrid, aunque la especialidad última se crea en Oviedo en 1967, si no me falla la memoria). En este breve contexto hay que insertar las vidas de los jóvenes alumnos que inician sus estudios en 1964. Ello explica que los que empezamos juntos acabáramos separados y que, en muchos casos, una amistad incipiente y prometedor se quebrase parcialmente.

No fue esto lo que ocurrió con los compañeros de comunes (1964-1965; 1965-1966), desperdigados por otros distritos universitarios del Estado. Si Carlos Corte se tuvo que marchar a Salamanca, con otros compañeros que habían elegido Clásicas, los *romanistas*, que queríamos cursar Lengua y Literatura Españolas, no nos movimos del viejo caserón de San Francisco, compartiendo aulas con los estudiantes de Derecho. Y allí empezó todo.

Aquel año de 1964, en octubre, vi por primera vez las caras de los que iban a ser mis compañeros de curso. Había un grupo numeroso que había hecho el bachillerato en el Alfonso II: Enrique Rojas, Alfredo Mourenza, José Luis Roca, Gonzalo Sancho, *el Pinfi*, y Carlos Corte. Pronto descubrí, para mi sorpresa, que en las clases de latín y griego traducían con mucha mayor solvencia los textos de Virgilio, Horacio y compañía que los que veníamos de colegios de curas (José Ignacio Gracia Noriega, de los dominicos, yo, de los escolapios). Lo mismo ocurría con las chicas, según ellas mismas confesaban: las de institutos sabían mucho más latín y griego que las que procedían de las dominicas, teresianas, ursulinas, etcétera.

Pronto, empezaron a constituirse los grupos de amigos por afinidades compartidas; en mi caso, fueron los compañeros que vivían en Oviedo, con los que había tenido ya relaciones de juegos en el Campo de San Francisco o tenía noticia por amigos comunes que se habían ido a Derecho. A la salida de las clases coincidíamos tomando vinos o sidra en los chigres y tascas



En la Fiesta de la Cultura, Xixón, 1973. De izquierda a derecha: Teresa y José Carlos Fernández Corte, Juan Antonio García Madruga, *el Tordín* de Frieres, Carmen Castillo, ¿?, Nacho Quintana y Toño Gurruchaga.

próximos a la facultad (Casa Noriega, en la plaza de la Catedral; Casa Tuto, el bar Azul o la Viuda de Basilio, en la misma calle de San Francisco; Casa Lito o Casa Manolo, en Altamirano...), en comparencias y citas cada vez más frecuentes, lo que hacía avanzar rápidamente las conexiones afectivas y certificaba las afinidades que hacían fuertes las relaciones personales. Ello hizo posible, por ejemplo, que yo le pidiera a Carlos Corte que me ayudara en las traducciones del latín y del griego, verdaderos *agujeros negros* en mi formación preuniversitaria. Carlos, con la generosidad que le caracterizaba, me abrió las puertas de su casa en la calle del Postigo, y dos días a la semana compartía conmigo los trabajos que el profesor Castresana, catedrático de latín, nos iba indicando en sus clases. El resultado fue una mejoría notable en los textos latinos y una salida lenta de la ignorancia, casi insuperable, en la gramática del griego. Con el tiempo se uniría a estas clases Gonzalo

Sancho, compañero de Carlos en el Alfonso II, pero que había padecido en los dominicos de *letras* la escasa competencia de los profesores de turno. Poco a poco, las clases particulares de Carlos dieron paso a pulsos menos académicos y más ideológicos, centrados casi siempre en la situación laboral que las cuencas mineras asturianas padecían en aquellos años (huelgas, manifestaciones, un sindicalismo de clase emergente, frente a las condiciones miserables que la dictadura imponía a los trabajadores), conversaciones que luego se ampliaban en los bares y tascas que mencioné antes. Gonzalo, *el Pinfi*, tenía una fuerte conciencia social, tal vez heredada de su padre, un aragonés maquinista de RENFE que había perdido la guerra combatiendo en Asturias con el batallón *Sangre de Octubre*.

A mediados de curso, podríamos decir que el grupo de *afines* en el primer curso de comunes se había establecido de forma habitual. Los integrantes fijos eran Ignacio Gracia Noriega, Carlos Corte, Luis Roca, Gonzalo Sancho, yo mismo y dos fichajes procedentes de Galicia: José Miguel Novo y Eduardo Fra; había una representación femenina variable, porque su asistencia a las clases no estaba sometida a los altibajos y estados de ánimo masculinos. Hoy creo, sinceramente, que eran mucho más formativas e interesantes las tertulias del grupo que las lecciones que se podían oír en el aula Clarín. Puede parecer increíble (o producto de una memoria nostálgica poco objetivadora), pero lo cierto es que la sed de conocimientos históricos y estéticos de aquellos jóvenes filólogos se saciaba con mayor provecho en las tertulias del «Azul» que en las aulas académicas de la carrera. Esa curiosidad por la lectura tenía recompensas formidables. Cito, entre tantas otras, una que nos deslumbró por su novedad en el tratamiento de la obra artística y literaria, como productos fuertemente ligados al contexto social en que se producían: la monumental *Historia social de la literatura y el arte*, del húngaro (posteriormente nacionalizado en Reino Unido) Arnold Hauser, que alentaría, junto al conocidísimo más tarde Giörgy Lukács, la célebre *Escuela de Viena*. Creo recordar que fue José Miguel Novo, incorporado desde Ribadeo a nuestra facultad, el que dio la noticia de su existencia. El libro, en dos volúmenes editados por Guadarrama en 1964, fue pasto rápido de los tertulianos. Es obvio que los beneficios obtenidos por la lectura del *Hauser* (corporeizado como *el Corominas*, *el Valbuena*, *el Castán* u otros manuales de uso común entre los estudiantes de Letras y Derecho) eran muy superiores

a los que proporcionaban las clases de Luis Floriano en la asignatura de Historia del Arte, que teníamos en el primer año de comunes de Filosofía y Letras. Otro de los libros incorporados a las lecturas del grupo fue el del filósofo existencialista francés Jean Paul Sartre, que marcó una de las líneas intelectuales de izquierda más potentes en la Europa de posguerra, a través de la revista *Les Temps Modernes*, y que interesaba mayormente a los que habíamos decidido elegir Lengua y Literatura españolas: *¿Qué es la literatura?*, obra cuya primera edición de 1950 corría a cargo de la prestigiosa editorial argentina Losada; escrita desde una carga polémica en la que se fundían el comunismo estalinista, el surrealismo francés y el pensamiento radical opuesto a las prácticas ideológicas soviéticas, que chocaban frontalmente con la humanización de otros socialismos divergentes que se iban desarrollando en el mundo.

Naturalmente, omito aquí el conjunto de libros que circulaban entre los miembros de las tertulias chigreras, pero sirvan esos dos ejemplos citados para hacerse una idea del caldo de cultivo en el que cocían a fuego lento los intereses y afanes de aquellos jóvenes estudiantes de *humanidades*. En esos dos años me di cuenta de lo importante que era haber tenido, o no, buenos profesores en el interminable bachillerato de siete años; asignaturas como historia, geografía, arte, filosofía, francés, lengua o gramática española y literatura (por citar las que después tendríamos en la carrera) nos habrían hecho sentirnos más protegidos en el conocimiento de esos territorios académicos. No digamos ya nada de las lenguas clásicas, porque los curas las conocían como instrumentos ligados a los oficios religiosos, no como fenómenos de cultura universal. Lo verdaderamente lamentable es que aquellos años de comunes no mejoraron de forma radical las carencias que padecíamos. La historia se convertía en un rosario inacabable de batallas, tratados, paces, monarquías y genealogías de todo orden; la literatura, en una agenda rebotante de nombres de autores, argumentos de novelas, fechas de nacimiento y muerte, de una sucesión de períodos y escuelas que comenzaban y etcétera y etcétera. Únicamente, merecía la pena asistir a las clases de Gustavo Bueno en filosofía de primero y segundo de comunes, a pesar de que (ignoro la razón) tuvimos que lidiar con una *lógica matemática* en primero, que era para todos los alumnos una materia tan indescifrable como el sánscrito, pero en la que el filósofo riojano hacía excursiones a los presocráticos,



Excursión de fin de curso (1.º de Filosofía y Letras), julio de 1965. Restiello (Grado), Álvaro Ruiz de la Peña (con sombrero), José Miguel Novo, Ignacio Tascón y José Carlos Fernández Corte.

los idealistas alemanes o el materialismo marxista realmente sugerentes. La otra asignatura, la de lengua, que daba Emilio Alarcos, gozaba también de gran predicamento entre los estudiantes, con dos pequeños problemas añadidos: 1.º a Alarcos las clases no le apasionaban (no entraré en detalles) y 2.º su preciosa voz de bajo búlgaro solo alcanzaba la esfera de sonido de las cinco primeras filas del aula; los de las filas traseras, que ocupábamos los amigos del *Azul*, solo oíamos un zumbido agradable que no comunicaba.

En este contexto académico no es extraño que la gente se buscara la vida al margen de las aulas, y en esos márgenes existía el cine, el Palladium, por más señas. Allí, en una calle trasera de los cuarteles del Milán, se adentraba uno en el paraíso del *arte y ensayo*, y podía asistir a películas con debate



Excursión de fin de curso (1.º de Filosofía y Letras), julio de 1965. Arriba: en la colegiata de Teverga, don Andrés (sacerdote), Miguel Novo, Álvaro Ruiz de la Peña, José Carlos Fernández Corte e Ignacio Tascón. Abajo: en la braña de Bullacente (Tineo), Ignacio Tascón, Amelia Bueno, Álvaro Ruiz de la Peña (con sombrero), José Miguel Novo y José Carlos Fernández Corte.



posterior entre el público. Allí vimos muestras del cine brasileño de Rui Guerra; el cine francés de la *nouvelle vague*, de los Godard, Truffaut, Resnais, Rohmer, Malle y compañía; el expresionismo escandinavo de Igmarr Bergman; el neorrealismo italiano de los Rossellini, Germi, De Sica, Fellini y toda la órbita posterior de los setenta, Bellocchio, Damiani, Bertolucci y el largo etcétera de directores que cambiaron la mirada del público español, sediento de una cinematografía que desafiara la banalidad comercial de la producción interna. Este nuevo fenómeno artístico y la lenta apertura de algunas, escasas, aportaciones culturales de instituciones privadas como el Ateneo de Oviedo de los años sesenta, por donde pasaron escritores tan importantes como Cela, Torrente Ballester o Cunqueiro (recuerdo que la intervención de este último, sobre el mito galaico de Merlín, rozó la genialidad literaria).

Y estaban también las salidas a la ruralidad asturiana. En 1964, acabado el curso primero de comunes, decidimos algunos que había que moverse hacia las tierras del occidente asturiano, atravesando el territorio de las brañas vaqueiras hasta cerrar el viaje en Ribadeo, el pueblo del que Miguel Novo nos había ilustrado contándonos mil anécdotas de sus habitantes. El camino se inició en la colegiata de Teverga y una semana después estábamos bebiendo todo el ribeiro de la villa de Sargadelos en una jornada memorable. Los viajeros éramos Luis Roca, Ignacio Tascón (un estudiante de ingeniería, compañero de Carlos en el Alfonso II), Miguel Novo, el propio Carlos Corte y yo mismo. Aquel viaje, y otro que Carlos y yo hicimos a Picos, con Vidal Peña y Arturo Martín, fueron dos de las experiencias más intensas de toda la carrera. Curiosamente, Vidal nos había dado clases de filosofía en segundo de comunes, teniendo que lidiar con el «argumento ontológico de san Anselmo» que, contra todo pronóstico, llegó a interesarnos como juego intelectual, como un precedente lejano de la filosofía del lenguaje. La amistad con Vidal, entonces uno de los jóvenes colaboradores en la cátedra de Gustavo Bueno, fue acrecentándose con el tiempo porque además, una afinidad bien alejada de los estudios académicos, nos reunió en el verano de 1966: el campeonato del mundo de fútbol en Inglaterra, muchos de cuyos partidos vimos en La Central, un viejo bar-bolera en la Callejina de la Ciega, que hacía esquina con la Cuesta de la Vega, hoy, calle de Azcárraga.



Equipo de Griego del partido contra Árabe en el CAU, 1966. De pie y de izquierda a derecha: 1: José Luis Barriada; 4: Álvaro Ruiz de la Peña; 6: Valentín...; 7: Vicente de la Varga. Agachados: 1: Miguel Rama; 4: José Carlos Fernández Corte.

Es raro constatar que, de todos aquellos compañeros de estudios universitarios, a nadie le interesara lo más mínimo el fútbol. Es más, su seguimiento y razonable atención, le parecía a la mayoría de nuestros compañeros una actitud estrafalaria y, desde luego, políticamente sospechosa; así que compartirla con Carlos y con un profesor tan valorado como Vidal Peña, me aseguraba a mí un cierto respeto que me liberaba de complejos y otras inseguridades. Esa afición al fútbol y la asistencia regular a los partidos del Oviedo en Buenavista fortaleció, sin duda, el campo de afinidades que mantuvimos siempre.

Puede parecer extraño que, en el contexto universitario de los mediados años sesenta, la cuestión religiosa pudiera ocupar un lugar importante en las preocupaciones de los estudiantes, pero así era. Téngase en cuenta que la práctica religiosa formaba parte del clima social de la época; muchos de nuestros compañeros, incluso aquellos comprometidos con la lucha política contra la dictadura, eran miembros de institutos religiosos como el de





Mirador de Ordiales, Picos de Europa (agosto de 1966). Carlos Corte (de espaldas), Vidal Peña y Álvaro Ruiz de la Peña.

*los avelinos* (Quique Rojas, nuestro querido Gonzalo, *el Pinfi*, e incluso el delegado oficial de la facultad, Joaquín Lobato, pertenecían a la orden); estaba también la organización confesional de la JEC (Juventud de Estudiantes Católicos), de condición secular, que agrupaba un buen número de estudiantes antifranquistas, muchos de los cuales acabarían engrosando las filas del partido comunista. En nuestro grupo convivían en armonía, comunistas, católicos de izquierdas, antifranquistas sin partido ni adscripción religiosa, vitalistas liberales que ya habían viajado por Europa, más todo el extrarradio del sistema. La religión era, además, una asignatura que había que aprobar, junto a la Formación del Espíritu Nacional (FEN) y la gimnasia: las «tres marías», tan devaluadas como inevitables a la hora de completar el ciclo académico reglado.

A diferencia de compañeros como Ignacio Gracia Noriega, Miguel Novo y algún otro, que profesaban un ateísmo explícito, Carlos Corte y yo quedábamos los domingos para ir a misa de doce a la catedral; los dos veníamos



Picos de Europa (agosto de 1966). De izquierda a derecha: Vidal Peña, el pastor José María Remis, Álvaro Ruiz de la Peña y José Carlos Fernández Corte.

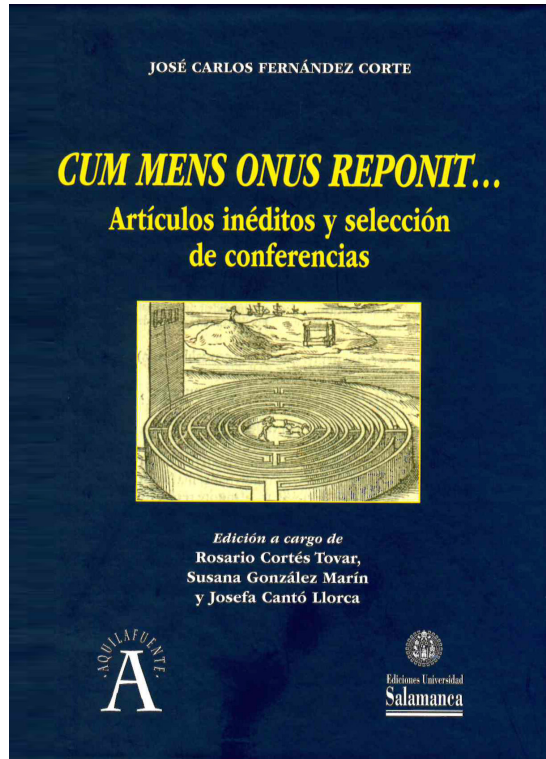
de familias religiosas y manteníamos un cierto vínculo con las prácticas católicas rutinarias. Pero, ese débil lazo con los hábitos del culto se rompió en segundo de comunes casi definitivamente. En el transcurso de una misa de doce de la catedral, subió al púlpito un canónigo del cabildo (recuerdo muy bien el nombre: don Agustín Cue, que tenía una asentada fama de *orador sagrado* en la ciudad); días antes, había tenido lugar en la ciudad la tradicional fiesta del Colegio Mayor San Gregorio, en la que los residentes, *los gregorios* salían por las calles exhibiendo los típicos vestidos de carnaval (médicos con grandes jeringuillas llenas de sidra, soldados con sus novias pintarrajeadas cogidos del brazo, dráculas con toga y birrete, bañistas *belle époque*, un entierro con cura y guardia civil incluidos y un féretro adornado con notas de suspensos, y toda la gama carnavalesca que cerraba la tuna universitaria...);



Mirador de Ordiales, Picos de Europa (agosto de 1966). De izquierda a derecha: José Carlos Fernández Corte, Arturo Martín y Álvaro Ruiz de la Peña.

o sea, un cuadro escénico en el que no había nada que pudiera molestar a los sonrientes espectadores de la ciudad. Pues bien, para nuestra sorpresa, el inflamado orador catedralicio consideró aquellas inocentes manifestaciones como pruebas de una iconoclastia deplorable, un mal ejemplo de universitarios estafalarios que no respetaban la urbanidad y buenas costumbres de los ovetenses. En ese momento, aturdidos por el tono de la homilía, Carlos y yo decidimos abandonar la misa, camino de casa Noriega, para neutralizar con media botella de vino la sensación de irrealidad que la situación nos había producido. Aquel día fue el de la última misa a la que asistimos, con la conciencia de que la práctica religiosa era, más bien, algo del dominio privado, algo que no podía estar sometido a presiones ideológicas opuestas a nuestra forma de entender la espiritualidad. Punto final.

La presencia de Carlos tocaba a su fin en Oviedo. En octubre de 1966 recibía sus primeras clases de filología clásica en Salamanca, ciudad de la que ya no se movería hasta su muerte. La convivencia diaria daría paso, entonces,



Cubierta del libro homenaje de la Universidad de Salamanca al profesor José Carlos Fernández Corte (2018).

a una larga relación epistolar mantenida durante la época de clases; guardo, como oro en paño, unas diez cartas (las que se salvaron de las posteriores mudanzas de domicilio que he vivido), en las que se ponen de manifiesto la calidad de escritura de su autor y la riqueza de temas que podía desplegar: el juicio que le merecían los distintos profesores que le daban clases, casi siempre admirativo (el latinista Manuel Cecilio Díaz, el helenista Luis Gil Fernández, el lingüista vasco Koldo Mitxelena, el académico Fernando Lázaro Carreter, y el también helenista salmantino Martín Sánchez Ruipérez...). «Las clases son, en general, de una calidad extraordinaria», repetía; el ambiente en el que se movían los alumnos: «Como ocurre casi siempre, impera el espíritu de rebaño, y más aquí al ser muy grandes la añoranza y el frío»,

los paseos solitarios por la ciudad, las frecuentes alusiones a la ingesta de vino, comentarios entre divertidos y domésticos. La primera carta, fechada en el 20 de octubre de 1966, expresa al inicio el estado de ánimo por el que atraviesa el recién llegado: «acabo de pasar una de las semanas más largas de mi vida, si no la más; los tres primeros días fueron terribles: cada cosa, cada detalle, me recordaba a Oviedo. Ese estado de cosas era natural que pasase y ahora, a aquel dolor casi punzante, sucedió una nostalgia amable». Este era Carlos, con diecinueve años cumplidos.

Si recurro a comentar algún breve fragmento de las cartas es porque estas permiten, después de casi medio siglo, descubrir partes del proceso de una inteligencia en construcción. Una inteligencia que se va formando a base de lectura de libros diversos; de conversaciones en las que la razón escucha (y Carlos escuchaba mucho) para que el orden y el talento hablen; del amor profundo a las palabras que abren puertas y no las cierran; del respeto, de la admiración por la excelencia... Así parece entenderlo él cuando, en un diálogo justificador con su propia dedicación profesional a la lengua latina, escribe: «el desinterés por el resultado inmediato y visible fomenta la paciencia, el cuidado, la acribia, el amor hacia el objeto de estudio y la obra bien hecha. Estas virtudes antiguas y a contracorriente, son las que ofrecemos a la sociedad».

Pero, en el eterno juego entre la vida y la muerte, el anuncio de ésta le llegó a Carlos cuando estaba en pleno uso de su enorme patrimonio intelectual. El anuncio fatídico de seis meses de vida se tradujo, para sorpresa de todos, en tres años de prórroga. En ese tiempo, Carlos (con una merma física evidente) no dejó de caminar sus cinco kilómetros diarios, no se privó de las comidas de amigos, siguió estudiando y escribiendo textos para la publicación, luchó hasta el final como si no estuviera escrito...

Ojalá se haya cumplido, en el caso de Carlos, la posibilidad que se alumbra en aquellos versos de Lucano en *La Farsalia*:

*...Pues los dioses ocultan  
a los que han de vivir, para que vivos sigan,  
lo dulce que es morir...*

Querido amigo de tantos.



EL NOVENO NÚMERO DEL  
ANUARIO DE LA SOCIEDAD PROTECTORA DE LA BALESQLIDA  
SE ACABÓ DE COMPONER EN LA EDITORIAL KRK,  
EL VIERNES, 22 DE MARZO, CUANDO CONMEMORAMOS  
EL PRIMER CENTENARIO DEL FALLECIMIENTO DEL  
ILUSTRE ASTURIANO  
DON FERMÍN CANELLA Y SECADES  
(1849-1924),  
DE IMPERECEDERO RECUERDO.

*Pro patria, pro moribus*  
OVETO, A. D. MMXXIV

*...mon père devait sa passion des archives au chagrin d'être né  
sur une planète en voie d'extinction.*

[... mi padre debía su pasión por los archivos a  
la pena de haber nacido en un planeta en vías de extinción].

Caroline Lamarche, *L'Asturienne / La Asturiana*, 2021  
(de la traducción española: Krk Ediciones, Oviedo, 2023)